

COMPENDIO DEL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

nº 120 ¿Cómo se manifiesta en la última Cena la oblación de Jesús?

Monseñor José Ignacio Munilla

(Transcripción aproximada del audio)

Número 120 del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica:

¿Cómo se manifiesta en la última Cena la oblación de Jesús? (610-611; 621)

En la última Cena con los Apóstoles, la víspera de su Pasión, Jesús anticipa, es decir, significa y realiza anticipadamente la oblación libre de sí mismo: “Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros”, “ésta es mi sangre que será derramada...” (Lc 22, 19-20). De este modo, Jesús instituye, al mismo tiempo, la Eucaristía como “memorial” (1 Co 11, 25) de su sacrificio, y a sus Apóstoles como sacerdotes de la nueva Alianza.

Es un episodio en el que quizás, no hemos meditado suficientemente ¿Por qué Jesucristo, antes de que tuviese lugar los misterios de su muerte y resurrección, quiso con sus Apóstoles tener esa última Cena, en la que misteriosamente él está como adelantando ese signo del pan que se entrega, y el vino la sangre que se derrama? ¿Por qué hizo ese signo? ¿Qué necesidad tenía Él, de hacer eso antes de que aconteciese? Yo creo que sin duda, estaba con ello subrayando el hecho de que Él se entregaba libre y voluntariamente. Esa expresión del Evangelio de San Juan: “A mí nadie me quita la vida, soy Yo el que la entrego voluntariamente”, queda especialmente demostrada por el hecho de que, antes de que aconteciese, Jesús había realizado ese signo: “Este pan es mi cuerpo que será entregado... este vino es mi sangre que será derramada”, está como adelantando en el tiempo lo que allí va a acontecer.

En ese mismo momento, Jesús estaba, por el poder del Espíritu Santo, poniendo en manos de la Iglesia, la capacidad, la posibilidad de que esa última Cena, fuese la primera Eucaristía. Y al igual que Él había anticipado en el jueves, lo que iba acontecer del viernes al domingo: su muerte y resurrección, igual que él había anticipado, pone en manos de la Iglesia, en manos de los Apóstoles, la posibilidad de poderla también prolongar en el tiempo. Cada vez que se celebre la Eucaristía iba a volver, de una manera mística pero absolutamente real, a actualizarse en la muerte y resurrección de Jesucristo. Es como hacernos coetáneos de aquel momento, como si nosotros fuésemos esos discípulos que habían estado al pie de la Cruz y que habían sido también testigos del Resucitado.

Recuerdo que un profesor de Teología, cuando estábamos en el seminario, intentando buscar una manera pedagógica para que entendiéramos este misterio, nos puso en la pizarra una pequeña imagen que se me quedó muy grabada: era el Monte Calvario con la Cruz, y la ofrenda que Jesús hizo al Padre, esa ofrenda de la Cruz, pasaba a la eternidad. Jesús había ofrecido su vida al Padre, entonces desde el Monte Calvario, esa ofrenda pasó a la eternidad, representada por una nube en aquella imagen. Y, cada vez que nosotros

celebramos la Eucaristía, vuelve de la eternidad y se encarna en el tiempo, y como digo, nos hacemos coetáneos de aquel acontecimiento que tuvo lugar en el Calvario. Esto se llama hacer el memorial del sacrificio de Cristo. Hacer memoria es traer el recuerdo, pero el “memorial” no sólo es traer un recuerdo, no sólo es recordar un significado sino también es realizar lo que se significa. Por el don del espíritu, no sólo se recuerda lo que aconteció en el Monte Calvario, sino por el don del espíritu vuelve a acontecer, de una manera incruenta ciertamente, pero vuelve a acontecer.

Lo que subraya este punto 120 es que, lo que aconteció en la última Cena, es un momento en el que Jesucristo instituyó la Eucaristía (en el Evangelio se visualiza la institución de una manera más gráfica que con los demás sacramentos); “Haced esto en memoria mía”, ¿Quién tiene que hacerlo? Vosotros los apóstoles, vosotros estáis siendo instituidos como sacerdotes de la Nueva Alianza. Luego, en ese mismo momento, Jesucristo estaba instituyendo la Eucaristía con la cual haríamos memoria, (en el sentido no de recordar, sino hacer presente), de la entrega de Cristo por la salvación del mundo y sería además el don del sacerdocio, los sacerdotes de la Nueva Alianza, aquellos que ya no estarían sacrificando un cordero, sino que pondrían en la patena, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo y le ofrecerían al Padre, una vez más, para la salvación del mundo. Recibimos en esa última Cena, la esencia, el corazón de la redención expresada en el sacramento de la Eucaristía.